

DISCURSO

leído en el solemne acto de apertura del curso académico

de 1902 á 1903

EN EL

INSTITUTO GENERAL Y TÉCNICO DE CÁCERES

POR

DON MANUEL CASTILLO

CATEDRÁTICO Y DIRECTOR DEL MISMO



CÁCERES

GRAFÍA, ENCUADERNACIÓN Y LIBRERÍA DE JIMÉNEZ, EN TEST.^a

19 — Portal Llano — 19

1902

8

11318

DISCURSO

2
113 18
leído en el solemne acto de apertura del curso académico

de 1902 á 1903

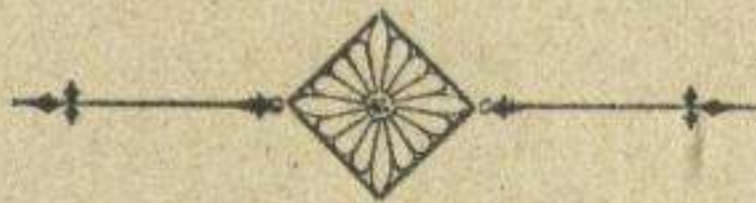
EN EL

INSTITUTO GENERAL Y TÉCNICO DE CÁCERES

POR

DON MANUEL CASTILLO

CATEDRÁTICO Y DIRECTOR DEL MISMO



CÁCERES

TIPOGRAFÍA, ENCUADERNACIÓN Y LIBRERÍA DE JIMÉNEZ, EN TEST.^a

19 — Portal Llano — 19

1902

U. P. 62295
CS 1070653

DISCURSO





Ilmo. Señor:

Señores:

LA excepcional causa de haberse dado ya por terminadas las importantes obras de reparación que se han llevado á efecto en el Instituto General y Técnico de Cáceres, me obliga, con irresistible fuerza, á que, interrumpiendo la rigidez reglamentaria con que estos actos se celebran, tome la palabra, para cumplir un alto deber: el del agradecimiento que debemos á los que se han interesado por la consecución de esta mejora, aunque las circunstancias hagan, que éste sea torpemente interpretado por el más humilde de los individuos que forman este Claustro.

Día de júbilo es hoy para esta casa; de satisfacción inmensa para los de arriba, que con su influencia y su amor á la enseñanza, lograron que el Estado emplease parte de su presupuesto en reparar este edificio que se hundía; de profundo reconocimiento en los de abajo, al ver que este vetusto templo de la ciencia se remozaba, como incitando á profesores y á alumnos á emprender con más fuerza sus tareas, con más vigor sus deberes aquéllos, con más entusiasmo sus estudios éstos.

Y nunca mejor que hoy, en este solemne acto, pueden invocarse los manes de los que aquí nos precedieron en esta ingrata como laboriosa tarea docente; nunca mejor que en la ocasión presente debemos

cantar las glorias de este Centro, que á pesar de encontrarse en uno de los sitios más injustamente olvidados de España, no envidia á ningún otro de los de su clase, ni en más rancio abolengo, ni en historia más gloriosa.

Que sea yo el que toscamente recuerde las glorias de esta Casa y de este Claustro, empequeñecerá seguramente la solemnidad del acto; pero no es menos seguro que vuestra benevolencia y mis buenos deseos, al apuntar estas notas de historia retrospectiva, han de suplir mi deficiencia.

La historia de casi todos los centros docentes de España va unida, desde su fundación, á actos de generoso desprendimiento y gloriosa filantropía de hombres ilustres, que dejaban sus fortunas para sostener encendido el fuego sacro de la ciencia humana. Díganlo si no las innumerables instituciones de nuestra *alma mater* la Universidad Salmantina, muchos de cuyos grandes hijos diéronla gloria, y con ella á nuestra patria, merced á tan generosas fundaciones.

Pues bien, los precedentes del Instituto de Cáceres, nos dicen que su glorioso origen se debió á un patriota insigne, ilustre hijo de la mitra cauriense, á un filántropo, en fin, cuyo amor á este pueblo queda aún grabado, no sólo en los edificios que aún denuncian su recuerdo, sino en el corazón de los cacereños amantes de su pueblo.

El ilustre obispo de Coria, D. García de Galarza, elevó un edificio y dejó su fortuna, con el fin de que estudiantes pobres de esta provincia pudieran cultivar su inteligencia, fundando el colegio llamado de San Pedro.

La viril entereza de aquel varón insigne echó por tierra los obstáculos que se oponían á su noble deseo, y aunque su voluntad no se cumplió inmediatamente, es muy cierto que la cultura de Cáceres debe mucho al generoso desprendimiento de aquel ilustre patricio.

Proclamémoslo en este acto como muestra de gratitud á su recuerdo y como gloria á su nombre esclarecido.

Otros varones ilustres aportaron más tarde sus fortunas á la obra común de asegurar los medios de cultura de este pueblo, y no hemos de caer en la injusticia de olvidar sus nombres en la ocasión presente.

Vicente Marrón, Pedro de Roco y Cristóbal de Figueroa, son verdaderos emblemas de amor al prójimo y de culto y veneración al progreso de su pueblo.

Siglo y medio después de la muerte de D. García de Galarza empezó á cumplirse su voluntad, sin que nadie haya podido explicarse el por qué de tan largo como lamentable olvido.

El Colegio de San Pedro, se trasladó al edificio que hoy ocupa este Instituto, después de la expulsión de los jesuitas, á quienes antes pertenecía, cedido en Real Carta, á favor de este pueblo, por el Rey Carlos III, de grata memoria, hasta que en el año 1825, por Real Decreto, se fundaron los Colegios de Humanidades, para cuyo sostenimiento se ordenaba asimilar todas las obras pías de Latinidad y Filosofía esparcidas por los pueblos en crecido número.

Establecióse en 1829 en Cáceres el Colegio de Humanidades, no sólo en virtud de la superior disposición, sino merced también al entusiasmo de nuestro municipio, que si bien es cierto dejó sorprender alguna vez su buena fe, no lo es menos que supo defender su derecho, con todas las energías necesarias para luchar, en tiempos de Fernando VII, con un obispo que quiso y logró por bastante tiempo, arrebatár á este pueblo las obras pías antes mencionadas, torciendo con lamentable éxito la voluntad de sus fundadores.

Justo es mencionar aquí al entonces Vizconde de la Torre de Albarragena, Regidor perpetuo de este Ayuntamiento, á cuyas energías y tenacidad se debió el que el fallo superior se revocase y la justicia se hiciese, recabando este pueblo el disfrute de las arrebatadas fundaciones.

* * *

La Audiencia de Cáceres fué la encargada de suministrar á la nueva institución un profesorado escogido entre los varones de más reconocida ilustración, algunos de los cuales ya daban esplendor al foro cacereño, y otros gloria perdurable á nuestra patria.

D. Francisco Porro, D. Félix Sánchez del Arco, D. Antonio Díez, D. Pedro Quílez, D. Pedro Mendoza, el distinguido maestro D. Andrés Gallardo, y sobre todo el gran Donoso Cortés, después marqués de Valdegamas, gloria de Extremadura y de la literatura española, con el inolvidable D. Luis Sergio Sánchez, su amigo y sucesor en la cátedra de Literatura, fueron los que formaron el primer Claustro del

Colegio de Humanidades que más tarde había de convertirse en Instituto.

Al constituirse aquel centro docente, era muy cierto que los medios pecuniarios con que el municipio contaba, no estaban á la altura de sus entusiasmos por la enseñanza, pero el vecindario de Cáceres, dicho sea en honra suya, suplió en generosa colecta las deficiencias del erario municipal, reuniendo hasta cinco mil duros, que sirvieron para reparar los deterioros que esta casa había sufrido, con los distintos usos á que desde su cesión había sido destinada.

En 19 de Septiembre de 1839 se publicó un R. D. convirtiendo nuestro Colegio de Humanidades en Instituto provincial de segunda enseñanza, y en 1840 fué nombrado su personal docente, siendo su primer Director el presbítero D. Antonio Vicente Herrera, que este Claustro recuerda con cariño, y más teniendo en su seno alguno de sus deudos.

Una serie de nombres ya oscurecidos y medio borrados unos por el tiempo, pero no por eso menos dignos de encomio que los que aún se repiten á menudo, forman desde aquella época la lista de los agueridos luchadores contra la ignorancia en esta fortaleza de la ciencia.

Pero como hoy es día de recuerdos gloriosos, aprovechando la benevolencia que me dispensais y de la que no quiero abusar, voy á permitirme recordar á algunos de los maestros que aquí fueron y se distinguieron por su amor á nuestra cultura y á esta Casa.

Aparte del marqués de Valdegamas, cuya biografía es de todos conocida, y que con Francisco Porro y otros regentaron muy poco tiempo sus cátedras, surge entre todos una figura eminentemente simpática y cuyo nombre irá unido siempre á las glorias del Instituto de Cáceres. Me refiero al Catedrático y Director que fué de este Centro D. Luis Sergio Sánchez.

Desde 1822 en que fué nombrado profesor de Matemáticas del Colegio de San Pedro, por el Ayuntamiento de Cáceres y la Junta de Patronos de las obras pías, hasta 1854, en que para desgracia del profesorado español sucumbió en la lucha por la vida, puede decirse que la suya no fué más que una historia de trabajo constante, y una pelea encarnizada en pro de la cultura de este pueblo. Fué un verdadero campeón, un soldado valeroso, un sacerdote de verdadera vocación por la enseñanza.

En 1827 le nombró el Regente de la Audiencia catedrático de Latín y de Retórica y Poética, y en 1829 formó parte del Claustro del Colegio de Humanidades, encargándose de la misma cátedra, en la que fué confirmado al establecerse el Instituto, desempeñándola hasta su muerte.

Al mismo tiempo explicaba Oratoria Forense en la Universidad que á la sazón estaba aquí establecida, y desempeñó el cargo de Director interino de este Instituto durante dos años, hasta que en 1848 le fué confirmado definitivamente en un laudatorio oficio del Ministerio de Fomento, en el que se hacía justicia á sus servicios y celo por la enseñanza.

Hombre de una ilustración vastísima, publicó á más de los Discursos y Memorias que desde este mismo sitio leyera y que son verdaderos modelos de corrección y estilo, un cuaderno de Ortografía que mereció los plácemes de la Inspección general de Instrucción Pública, una *Exposición filosófico-crítica de los principios fundamentales de la Literatura*, un libro de poesías que vió la luz en 1858 y otras composiciones de menor importancia.

Fué Académico honorario de la Real Greco-latina que le felicitó honrosamente por la publicación de un *Diálogo en verso sobre las diferencias entre el método antiguo y moderno de enseñanza de la lengua latina*. Presidente de la Sociedad que este Ayuntamiento fundó y sostuvo durante siete años, para la propagación y mejora de la educación del pueblo, Vocal de la Comisión de Monumentos Históricos y Artísticos y de las Juntas de Archivos de esta Audiencia y de Instrucción pública.

Entusiasta por los estudios históricos, fué el iniciador de un Museo Arqueológico provincial que empezó á formarse posteriormente.

A su lado estuvo siempre, honrando la cátedra que desempeñara otro ilustre maestro, cuyo nombre no debe omitirse para honra nuestra, D. Matías Guillen Flores.

Nombrado catedrático de Ideología, Moral y Religión en 1840, previos brillantes ejercicios, desempeñó, al mismo tiempo que sus cátedras, el cargo de Secretario de este Establecimiento y de su Junta Inspectora, con tanto acierto é interés por la enseñanza, que nuestro municipio le confió el alto honor de formar las bases y hacer los estudios previos para la fundación de la *Sociedad para propagar y mejorar*

la educación del pueblo, de la que Guillén Flores fué casi perpetuo Secretario.

Formó parte de la Comisión receptora de los libros que se trasladaron desde Guadalupe á nuestra Biblioteca, y también de la de Monumentos históricos y artísticos.

Fué Vicedirector de este Instituto desde 1851, Vocal de las Juntas de Beneficencia y Sanidad de esta provincia, magistrado suplente de esta Audiencia; leyó el discurso de apertura en este Instituto en 1847 y desempeñó por bastante tiempo el Decanato de este Ilustre Colegio de Abogados.

Estaba encargado por entonces de la cátedra de Matemáticas don Juan Miguel Sánchez de la Campa, hombre de gran mérito y que de otros Institutos traía ya á éste brillante historia académica.

Incansable propagandista de la Instrucción, publicó tanto en Lérida como en Madrid, infinidad de folletos y artículos periodísticos con tan laudable fin, valiéndole su envidiable campaña el nombramiento de Socio de mérito de la *Academia Científico-Literaria de Instrucción Primaria y Superior* de Madrid y de número de la Arqueológica Tarraconense.

Fué también vocal de la Comisión de estudios de un ferrocarril que se proyectó construir en la provincia de Cáceres y Secretario de la Junta provincial de Agricultura; vocal de la Comisión de Estadística y de la auxiliar de la Exposición Nacional de Agricultura de Madrid, en la que representó á esta provincia. Era Caballero de las Reales y distinguidas órdenes de Isabel la Católica y Carlos III.

En 1861 se trasladó de este Establecimiento para proseguir su obra meritoria en el Instituto de Córdoba.

D. Rafael Lucenqui fué el primer profesor de Dibujo de este Instituto, á cuya enseñanza estuvo dedicado desde que vino á esta Ciudad, distinguiéndose en 1846 por el hermoso rasgo de ceder en favor del material de su clase 2.500 reales de su modesto sueldo.

Socio de la Económica de Amigos del País de Cáceres, desempeñó un gran papel como individuo de la Comisión Examinadora de los objetos que esta provincia había de enviar á la Exposición Universal de París de 1867.

La Diputación Provincial le nombró profesor de Dibujo de una Academia por ella instituida para la clase obrera, en la que Lucenqui

tuvo ocasión de hacer alarde de sus facultades docentes y de su amor al trabajo.

Es curioso el informe que la Comisión correspondiente presentó á la Corporación, para que ésta acordase una recompensa para Lucenqui, y que no puedo menos de transcribir para honra suya. Dice así:

«En consideración á los buenos resultados que ha dado esta enseñanza, y también á que con un celo que honra al profesor de ella, don Rafael Lucenqui, que con un insignificante costo ha enriquecido este Establecimiento de una manera agradablemente sorprendente, á que sin imponerle el Reglamento más obligación que la enseñanza del Dibujo Lineal, de Adorno y Figura, lo ha hecho además de las de Dibujo y Modelación al natural, para lo cual ha creado un gabinete con estufa, Dibujo botánico, de paisaje y Topografía, arquitectónico, modelo en barro, de adorno, figura y lavado de planos topográficos y arquitectónicos, y en consideración á que unos años con otros ha tenido á su solo cargo el excesivo número de ciento doce alumnos, propone la Comisión, que á mas de su pequeño sueldo, se le concedan mil quinientos reales de gratificación, para que de éste modo reciba el premio á que tan dignamente se ha hecho acreedor y le sirva de estímulo para que camine por tan buen camino, en beneficio público.»

¿Qué más decir en honor suyo después de la lectura de este informe? Sus propios hechos le dignifican y le elevan sobre el nivel comun. Hombre competentísimo en su especialidad, dejó sembrada esta población de trabajos, algunos de los cuales son de verdadero mérito.

Campeón entusiasta de sus ideas liberales, se alistó en 1833 en la Milicia Urbana de Badajoz, permaneciendo en la azarosa vida militar hasta 1848, en que después de gloriosos servicios á la patria, se retiró con el grado de Capitán, lleno su pecho de cruces, entre ellas la de Isabel la Católica, ganadas todas en el campo de batalla, donde recibió un balazo en la rodilla derecha, cuyas consecuencias sufrió largos años, como las de una enfermedad adquirida en las fatigosas marchas de sus campañas.

En 1857 fué nombrado profesor interino de Física, Química é Historia Natural de este Instituto un joven entusiasta por la enseñanza, casi recién salido de las aulas universitarias, en las que merced á su aplicación y merecimientos alcanzara á la edad de veinticinco

años los títulos de Bachiller en las Facultades de Filosofía y Farmacia y el de Doctor en Ciencias Naturales.

Tan simpático maestro, que había de unir su vida á la intelectual de este pueblo y á la académica de este Instituto, D. Indalecio Gómez Santana en fin, fué confirmado en su cargo de Catedrático numerario de Física y Química en 1862.

Hombre de grandes aptitudes y amor al estudio, explicó varias cátedras en la Escuela especial de Agricultura de esta ciudad. Sus méritos pasaron la frontera, cuando la Sociedad Imperial de Zoología de Francia le nombró Miembro titular de la misma, á cuya honrosa distinción unió otras que no lo eran menos, como las de Socio correspondiente de la Económica Matritense, Académico correspondiente de la Real de Bellas Artes de San Fernando, Vocal y Vicepresidente de la Junta provincial de Instrucción pública de Cáceres, y de la de Archivos de esta Audiencia.

Desempeñó la Secretaría de este Instituto durante varios años, y sustituyó en el cargo de Director á D. Luis Sergio Sánchez en 1864, fecha en que este último falleció.

De este cargo, que con tan envidiable disposición desempeñaba, le destituyó en 1868 la Junta revolucionaria, pero en 1874 le repuso de nuevo el Gobierno de la República, siendo posteriormente respetado hasta 1879 en que acaeció su muerte, con perjuicio de la enseñanza.

Aún queda como legendario el recuerdo del culto austero que á la rectitud y á la justicia rendía D. Joaquín Torres. Hombre de honradez acrisolada y de envidiable cultura, demostró en su carrera docente excepcionales condiciones de maestro. Catedrático, por oposición, desde 1863, formó parte de la Comisión encargada de fundar un Museo Arqueológico provincial, desempeñando además de su cátedra de Matemáticas, las de Topografía y Dibujo Topográfico.

Durante el espacio de cuatro años en que desempeñó el cargo de Director de este Centro, empleó, con un desprendimiento digno del mayor elogio, la gratificación de mil pesetas, entonces aneja al cargo, en la adquisición de libros para nuestra Biblioteca.

¡Hermoso rasgo de generosa esplendidez de aquel modelo de virtudes, enamorado de la ciencia!

Para las tres últimas generaciones de esta provincia, es familiar

aún el nombre de D. Andrés Paredes. Aún de boca en boca corren los chispazos felices de su claro ingenio, que repiten con deleite sus innumerables alumnos, muchos de ellos encanecidos ya por avanzada edad.

Aunque Paredes hubiera sido una vulgaridad, que no lo fué, sino muy al contrario, bastará decir que su carrera docente duró cincuenta y cinco años, para que todos pronuncien su nombre con respeto.

Desde 1841 hasta 1896 en que ocurrió su muerte, á consecuencia, por cierto, de una caída que sufrió al venir á clase, aquel veterano de la enseñanza, desempeñó, á más de su cátedra, otros cargos que dicen mucho en honor suyo.

Fué Vocal de las Juntas para propagar y mejorar la educación del pueblo, de Instrucción pública y de Agricultura, Industria y Comercio, Tesorero é individuo de la Junta de Gobierno del Ilustre Colegio de Abogados de Cáceres, Abogado fiscal de esta Subdelegación de Rentas y Director y Secretario de este Instituto.

Aún está muy reciente la pérdida de nuestro inolvidable compañero D. Enrique Montánchez. Si se pasan los ojos por su brillante hoja de estudios, llega al convencimiento del más negado la verdad de la máxima latina *labor omnia vincit*. Desde que el humilde Bachiller en Teología, recibía los más honrosos plácemes, debidos á su envidiable conducta académica, en pública sesión y de boca del Obispo de Plasencia, hasta que en reñidos ejercicios de oposición ganaba la cátedra que desempeñó hasta su muerte, véanse como incidentes gloriosos de su brillante carrera, que todos sus títulos académicos, tanto en la Universidad de Salamanca como en la Central, son ganados en noble lid, como premio á sus constantes desvelos y á su amor al trabajo.

¡De cuántos más podía hablaros! Chaves, Cervantes, Retamar, Pozo, Quirós, Perate y tantos otros que pasaron por aquí, dejando en esta casa destellos de su inteligencia, ejemplos de sus virtudes, memoria de su honrada vida.

*
* *
*

Durante todo este tiempo se fueron haciendo paulatinamente al-

gunas mejoras en el edificio, con el exíguo presupuesto que para material tienen consignado esta clase de Establecimientos. Pero tan escasas pudieron ser, que en 1892 era ya casi inevitable un hundimiento de las techumbres y cubiertas del piso alto, siendo esto motivo de que por la Superioridad se ordenase la formación del oportuno expediente.

En los informes facultativos se afirmaba, que un verdadero milagro de equilibrio había evitado una catástrofe, y después de ocho años, en que el proyecto de presupuesto de reparación durmiera un sueño inexplicable, siendo gobernador de esta provincia en 1900, D. Joaquin Santos y Ecay, excatedrático del Instituto de Santiago de Cuba, logró, á instancias del entonces Director de este Instituto D. Nicolás Carbajal y del Claustro del mismo, que el Excmo. Sr. Ministro de Instrucción Pública D. Antonio García Alix, desenterrase el expediente y saliesen las obras á pública subasta.

Dieron comienzo las obras en Septiembre de 1900, y se logró después, que merced al entusiasmo que por la enseñanza viene demostrando, con aplauso de todo el profesorado español y de todos los amantes de la cultura patria, el actual Ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes, Excmo. Sr. Conde de Romanones, se aprobasen dos presupuestos adicionales de importancia, para reparar interiormente el edificio.

No hemos de escatimar la expresión de nuestro agradecimiento á la solicitud entusiasta que han demostrado en la consecución de este noble fin, otros señores, además de los ya citados, como son los Ilustrísimos Sres D. Federico Requejo, Subsecretario del Ministerio de Instrucción Pública y D. Carlos Groizard y Coronado, Director general de Administración local, los Senadores Excmos. Sres. D. Joaquín Muñoz Chaves, D. José de Cárdenas y D. José González y González Blanco, los Diputados D. Lorenzo Moret, Eduardo Vincenti y D. Rafael Durán, los arquitectos D. Antonio Bermejo, D. Arturo Calvo y D. Emilio María Rodríguez que pusieron en la obra el mayor esmero en su trabajo facultativo, y el contratista D. Rufino Molano, hijo de este pueblo, que con la mayor honradez ha procurado cumplir sus compromisos.

A todos expresamos, desde este sitio, nuestro más profundo agradecimiento y les enviamos desde lo más íntimo de nuestra alma plá-

cemes sinceros. Todos se hicieron dignos de nuestra gratitud y del bien de este pueblo.

*
* *

Los recuerdos de los que fueron y la conducta de los que son, llenan el alma de entusiasmo y el corazón de ternura, á los que no por lucrativa industria, sino por santa vocación, nos dedicamos á la enseñanza. El noble desprendimiento de un Lucenqui que invierte parte de su modesto sueldo en beneficio de su clase, y de un Torres, que lo hace con el total de su gratificación de Director, en la compra de libros, las figuras de un Donoso Cortés, un Sergio Sánchez, un Guillén, un Santana y un Montánchez, producen en nosotros la misma emulación que sentía César al considerar que á su edad Alejandro había conquistado el mundo, y dan un elocuente mentís á los apasionados que invocando casuisticamente el nombre de la libertad, por la que nunca sintieron simpatías, no desperdician medio ni ocasión de combatir injustamente á la humilde clase del profesorado oficial, que en su retiro labora en pró del progreso y la cultura, sin más remuneración que un corto sueldo, apenas suficiente á cubrir sus necesidades, ni más esperanzas que el cariño de sus discípulos y el aprecio de sus conciudadanos.

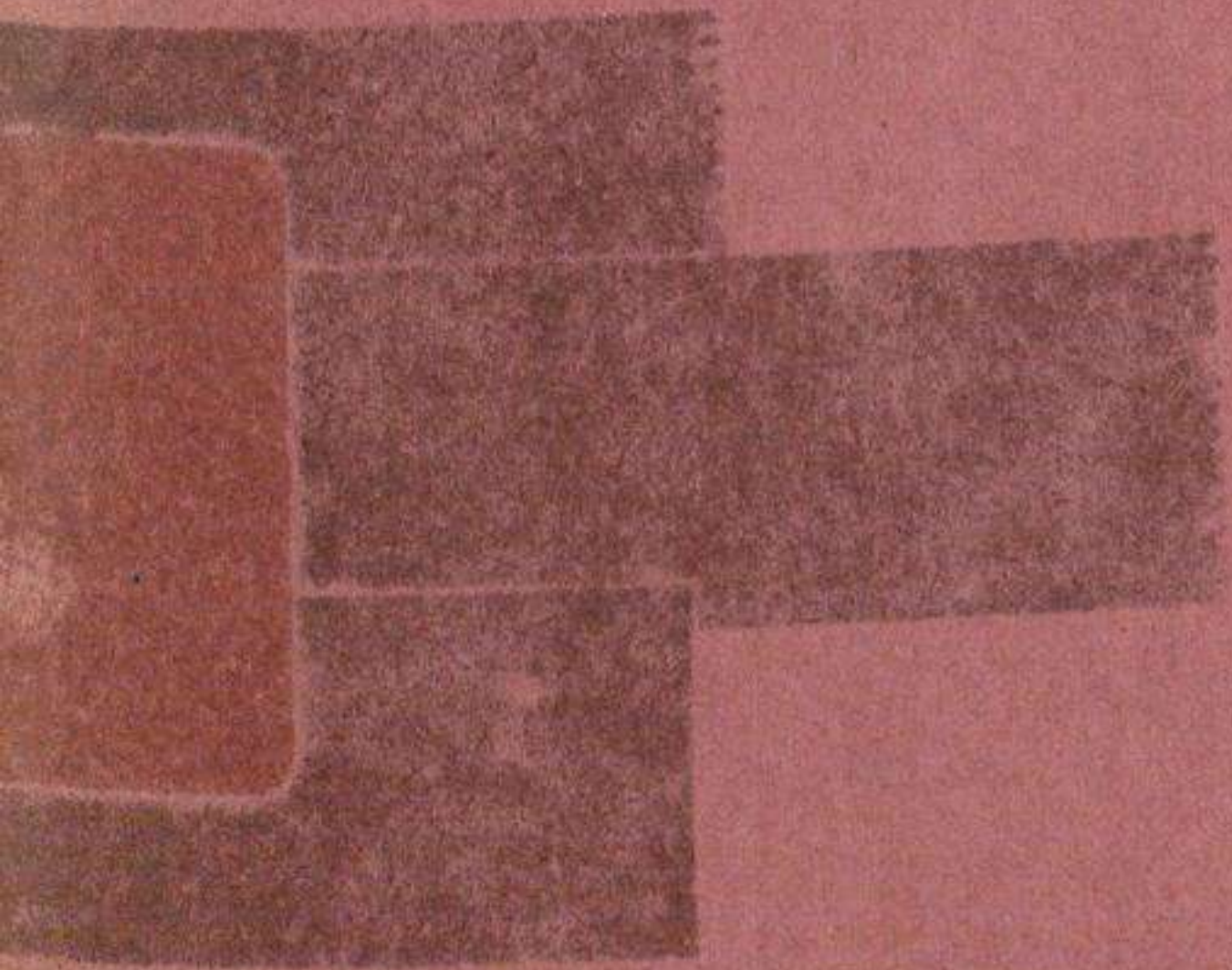
He terminado, señores: vuestra benevolencia ha demostrado el interés que teneis por los asuntos de enseñanza, en la que está el porvenir nuestro. Grande es la misión á cuyo cumplimiento estamos llamados los que á las generaciones presentes pertenecemos: tristes recuerdos del pasado siglo, propios y ajenos, nos han demostrado la superioridad de los que estudian y trabajan sobre los que en pernicioso indolencia, no piensan jamás en el peligro en que á la postre caen.

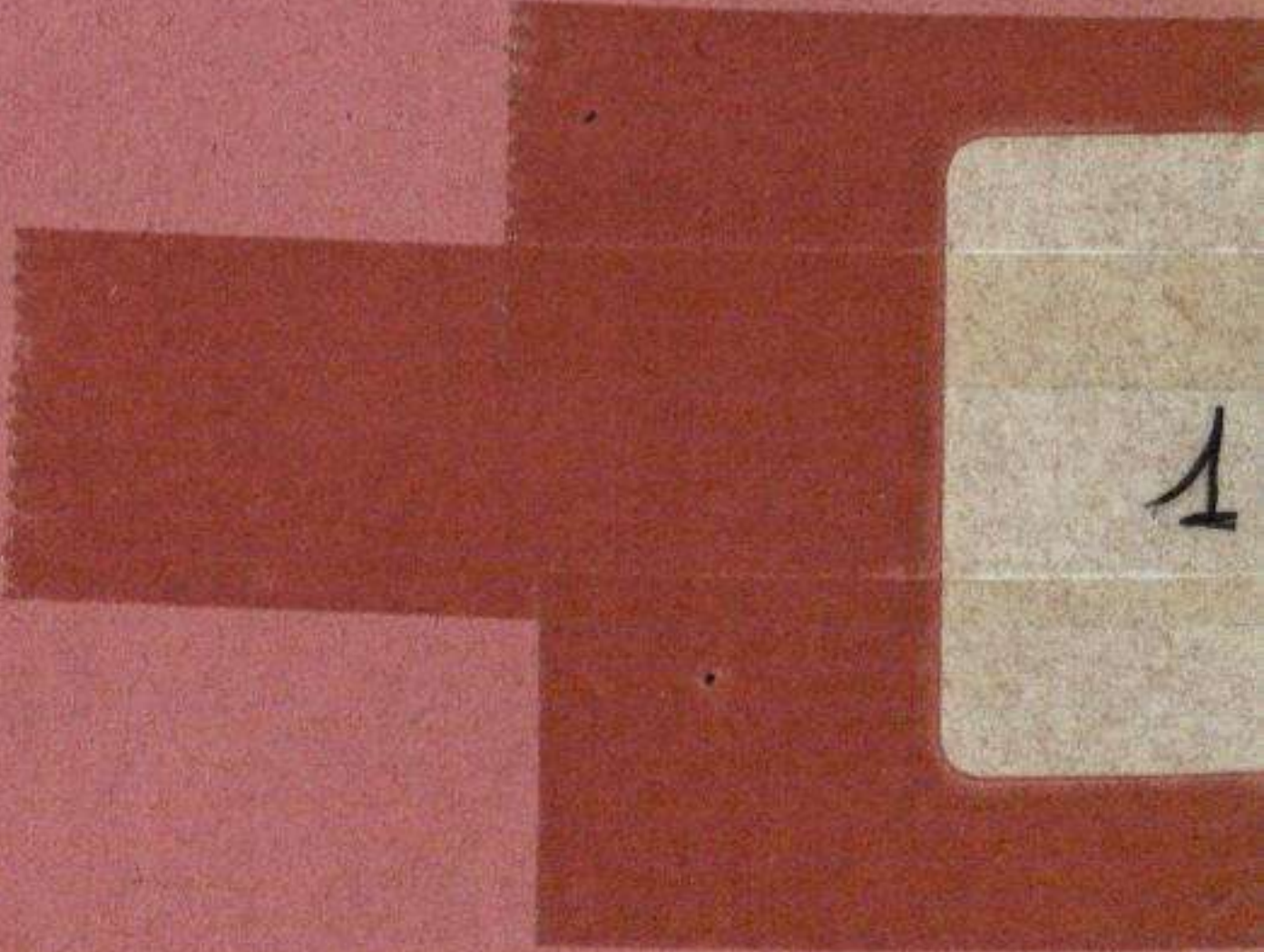
Luchas sociales, basadas en mayor ó menor espíritu de justicia, amenazan conmover los fundamentos de la sociedad moderna, que se hundirá para no levantarse más, si la ignorancia preside su caída; y es necesario de todo punto, que los hombres avisados y los que á vivir empiezan, tengan el convencimiento de que el único paliativo á los estragos que consigo puede traer la evolución que presenciarnos, es el cultivo de la inteligencia de los de abajo, que son los más.

Hay que luchar, aunque sea á la desesperada, para evitar el peligro que supone, el que el día de mañana, por azares de la suerte ó por imposiciones de la fuerza y del número, pudieran estar, aunque por breves, pero tal vez decisivos momentos, los destinos de nuestra patria, la vida de nuestros hijos, en manos de analfabetos, á merced de inteligencias vírgenes, en brazos, en fin, de la ignorancia, gérmen de todos los atropellos, de todos los abusos, de todas las grandes catástrofes.

A luchar, pues, maestros y alumnos, á luchar unidos por la instrucción de todos, por la extensión de la ciencia, por el adelantamiento intelectual de nuestros semejantes, que aunque caigamos sin fuerzas en la pelea, el lauro que nuestras frentes ciña, proclamará siempre que hemos servido, como buenos, á los intereses de la Ciencia, que son los de la Justicia y de la Patria.

HE DICHO





1